

REVIVIR LA HISPANIDAD

José Luis TATO

El Mensaje Real

A lo largo de la profusa preparación de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América se han hecho muchas cosas y, por ejemplo, uno de los aspectos más positivos en esta preparación ha sido el acometer arduas empresas de recapitulación histórica de lo que significó el Descubrimiento en los momentos de producirse y en las consecuencias que de tal hecho capital se derivaron.

Pero como es constante histórica en nuestros quehaceres de cualquier orden —y el análisis de la Historia no iba a ser una excepción— se ha llegado a maximalismos en los extremos opuestos, desde un pretender encerrar al Descubrimiento con las siete llaves del sepulcro del Cid hasta ponerlo excesivamente por encima de los hechos realizados por la mano del hombre o de Dios. Es, indudablemente, algo congénito con nuestra idiosincrasia, mezcla de humildad y orgullo en proporciones variables, y según sea esta relación de la una con el otro, así serán los resultados, como ocurre en el caso presente, que va desde un falso complejo doloso a una desorbitada grandilocuencia, muy por encima de la realidad. Por este motivo, y en temas trascendentes como es el del Descubrimiento, se crea un confusionismo para el ciudadano medio y no especialista en ello, que no sabe a qué carta quedarse, pues su cultura de bachiller, si lo tiene, o de asignatura universitaria que aprobó de pasada por no ser su contenido de valor para sus aspiraciones y tendencias profesionales, no dejaron en él conceptos lo suficientemente claros, enmarcados en sus auténticas coordenadas.

En estos últimos años se ha repetido con mucha frecuencia este confusionismo —o lo que es lo mismo, la carencia de ideas claras— en diversos enfoques de nuestra vida nacional en todos sus órdenes, y hemos de dar gracias a Dios por el Rey que tenemos, pues siempre ha sido Su Majestad quien en momentos o situaciones críticas, tanto de hecho como de concepto, ha puesto el dedo en la llaga ordenando nuestras ideas en su justa medida con sus palabras adecuadas, certeras y sin ambigüedades.

En esta ocasión, un párrafo de su mensaje navideño de 1991 ha definido exactamente el concepto de Descubrimiento. Una vez más el Rey, siempre el Rey, nos ha mostrado la verdad irrefutable de los hechos. Nos permitimos reproducir íntegramente las palabras regias que con su habitual precisión y magisterio ha situado en su lugar exacto lo que es el Descubrimiento y toda su filosofía histórica y política.

Dijo así Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I al referirse a este hecho, gestado y realizado por España:

«En 1992 conmemoramos el V Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Será la celebración de un acontecimiento que se debe juzgar situán-

dolo a todos los efectos en la época en que se produjo, con sus costumbres y su grado de civilización, sin complejos de culpabilidad ni tintes sombríos.

Para recoger su grandeza y sus enseñanzas, hagamos nosotros el descubrimiento auténtico y sincero de nuestra España de hoy. Sólo así seremos dignos herederos de los aciertos del pasado y sabremos evitar sus errores.

Como españoles nos sentimos estrechamente unidos a los países hermanos de América. Su Navidad es nuestra Navidad. Y deseamos que no haya entre ellos un solo pueblo sin paz y justicia, una sola persona sin dignidad, ni un solo niño sin mañana. Con el año 1992 os invito a la colaboración en los actos de la Exposición Universal de Sevilla, los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Capitalidad Cultural de Europa, en Madrid.»

La Hispanidad

En este último párrafo transcrito, las frases *Nos sentimos estrechamente unidos a los países hermanos de América. Su Navidad es nuestra Navidad*, nos traen a la mente un lazo espiritual de unión que tiene, a nuestro juicio personal, su manifestación en el amplio contenido del término Hispanidad, ese vocablo tan denostado las más de las veces, y tan exageradamente ensalzado en otras ocasiones. Porque la Hispanidad es como un aroma característico y específico, como un entramado inmaterial, pero existente, identificable e indestructible como lo es el espíritu, y las cosas del espíritu se plasman en forma de sentimientos que caracterizan a nuestras acciones y a nuestra voluntad que, muchas veces sin adivinar cómo, se ve impelida a actuar de acuerdo con las peculiaridades de ese aroma y de ese entramado.

¿Y cómo es ese espíritu que denominamos Hispanidad? Algunos pensadores, independientemente de sus ideologías de todo tipo, llevan la definición general de lo que es espíritu y de sus límites por los senderos del raciocinio, y distinguen, en cuanto a límites, tres clases: los espíritus que no tienen principio ni fin, los que tienen principio pero no tienen fin, y, por último, aquellos que tienen tanto principio como fin.

La Hispanidad es el fruto de la civilización genuinamente española, con un principio —el Descubrimiento— pero sin fin, y con una entidad incorpórea que no admite parangón, ni remotamente, con ninguna otra concepción civilizadora de ninguna otra nación, porque la obra de España no es ni ruina ni polvo, y como muy bien decía Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*, es como una flecha caída a mitad del camino que espera el brazo que la recoja y la lance al blanco. La Hispanidad nació al mismo tiempo que la doctrina de la gracia, propugnada por el padre Vitoria ya en Trento, que fue infundida en el Consejo de Indias, con lo que engendró en cierto modo ese espíritu hispánico.

Algo conviene aclarar aquí, y es que la Hispanidad carece de toda connotación étnica, ya que nosotros nunca hemos dado importancia alguna ni a la sangre ni al color de la piel, y por ello, pensamos, la Hispanidad encierra unas

características muy especiales y concretas dado su carácter peculiar de no ser privativa de una tierra, sino de muchas y diversas con unas raíces de esencia y naturaleza hispánicas, por lo que al pervivir esta multiplicidad de tierras o naciones, hace escudo definitorio y de unión de una comunidad permanente.

Dinámica de la Hispanidad

Por ello, y dada su esencia exclusivamente espiritual, como hemos señalado, la idea de Hispanidad responde a un acto de voluntad de los individuos, creando al mismo tiempo una responsabilidad colectiva de las nacionalidades constitutivas o integrantes del conjunto, que precisamente por esta contextura espiritual sólo puede tener carácter metafórico, por lo que la idea de Hispanidad supone el imaginar una especie de alma colectiva dotada de conciencia propia, y el significado de alma en esta acepción entra de lleno en la idea de Herder, contenida en su obra *Ideas de la Filosofía de la Historia de la Humanidad*, y según la cual, la salud y la duración de un ente, espiritual o material, no depende del punto de su más elevada cultura, sino de un equilibrio prudente o feliz de sus fuerzas vivas operantes. Cuanto más profundo se halle su centro de gravedad en estos esfuerzos vitales, tanto más firme y duradero será. Y estas fuerzas vivas operantes —generadoras de una dinámica— son las que debemos intentar poner de nuevo en actividad en un régimen operativo que se mantenga siempre en su medida cabal para evitar distorsiones del significado de las enseñanzas del camino de la Historia, ya que el pasado nos aguarda para crear el porvenir; el fundamento del futuro está en el presente, que existe y es real precisamente por el pasado, que sí ha tenido lugar.

Utilicemos, pues, su trayectoria a título de magisterio para garantizar que el futuro también existirá de acuerdo con la configuración honesta cuyos parámetros están tomados del análisis también honesto. Que no nos ocurra que el porvenir o futuro perdido lo volvamos a encontrar en el pasado. La herramienta más útil para todo este proceso lo constituye el camino de la Historia. Seamos consecuentes con ella.

El camino de la Historia

La mar —océanos y mares— ha constituido el camino de la Historia de España, y para hablar con propiedad de nuestro pasado hay que pensar con mentalidad naval.

El almirante Álvarez-Arenas, en su libro *Del mar en la Historia de España*, señala muy acertadamente, en nuestra opinión, que hay que hablar con interés, objetividad y entusiasmo de nuestra Historia. Hay que *leerse* y no simplemente *leer*, pues el reflexivo, como su propio nombre indica —inde-

pendientemente de las definiciones gramaticales—, es un elemento sustancial e inherente a cualquier acto de reflexión. Así pues, la reflexión o meditación de nuestra Historia ha de referirse necesariamente a lo naval, a la mar, a la mar propia de España y a la oceánica que hizo suya con sus gestas, y esta meditación consiste en un estudio de los varios vectores que la integran, y en los momentos actuales conmemorativos del V Centenario del Descubrimiento de América —y como consecuencia, de la génesis a través del tiempo de la Hispanidad— habrá que ver si podremos orientar sus trayectorias y sentidos sobre un objetivo de notoria relevancia que permita en todo instante hacer fértil el camino histórico.

También es curioso señalar, de acuerdo con el almirante Álvarez-Arenas en su obra citada, el tremendo condicionamiento de nuestro factor geográfico, rodeado de mar, que podría habernos aislado pero que fue superado por el poder del espíritu abierto, emprendedor y generoso de nuestros Reyes Católicos, que rompieron el cerco de continentalidad, generando así, sin saberlo en aquellos momentos, pero movidos por la inspiración, la Hispanidad por razón de la proyección de nuestras gentes sobre el elemento o factor mar, al establecer una embrionaria política naval por el simple hecho de enviar a tres carabelas a través de las aguas del océano tenebroso para desentrañar su misterio.

También hay que reconocer que algo de azar jugó su papel en el orto de la Hispanidad, ocurrido todo ello, además, en una conjugación de circunstancias favorables, en una conjugación clave de la Historia, en la coincidencia de la unidad española, o como afirma Julián Marías, en unos momentos en que Castilla se hizo España. Con todo ello, nuestra geografía se cumplió en sí misma, creándose a modo de una lanzadera cuyos rayos dinámicos salieron disparados hacia Occidente, hacia las barreras irreales en donde se escondía un mundo desconocido. A partir de entonces la mar entró definitivamente en nuestro quehacer, naciendo la Hispanidad, que tuvo su auge y mayor esplendor durante la empresa colonizadora, y también su declive al sernos negada la utilización de nuestras líneas marítimas de comunicaciones. La Hispanidad entonces se quedó como sangre estancada al no tener venas ni arterias por donde discurrir.

Y no queremos en esta actualidad brillante de una conmemoración pentacentenaria que ese declive continúe su camino hacia la desaparición, hacia la nada, hacia su fin, porque estamos convencidos, como hemos dicho anteriormente, que la Hispanidad tuvo principio pero no tiene fin, siempre y cuando así nos lo propongamos, mediante una actualización del dinamismo que la debe animar a partir de ahora. La Hispanidad, hoy día, ha de asentarse en unas nuevas coordenadas de actuación, pero sin perder tampoco ni un ápice de su carga espiritual que es, como siempre ha sido, eminentemente aglutinante entre España y sus legados Iberoamericanos e Iberoasiáticos. La geografía actual sigue viva, en el sentido hispánico, con los nombres españoles que jalonan continentes, territorios e islas a escala planetaria.

Revivir la Hispanidad

Entonces, si queremos y nos proponemos honradamente que ese espíritu denominado Hispanidad no tenga fin, hemos de tratar de revivirlo, es decir, traer de nuevo a la vida lo que parecía muerto. Ello no resulta tan difícil como pudiera parecer a primera vista, pues, aunque latente, la Hispanidad sigue viviendo a pesar del tiempo y, sobre todo, de las dificultades y zancadillas originadas no ya sólo por terceros de toda índole, sino también, y es triste reconocerlo, con la ayuda, consciente o no, de nosotros mismos. ¡Cuánto se ha dicho y cuánto se ha mentido a través de todos los canales de comunicación y de entendimiento! ¿Qué ocurre, pues? ¿Es que llevamos cinco siglos, que ya está bien, modelando una historia pletórica de vacíos, ordenada por la retórica y en connivencia con la farsa que decimos combatir? ¿Por qué queremos ser tan soberbios? ¿Pretendemos acaso enmendar la plana a los honestos historiadores que se han volcado durante siglos en el dato exacto? Hagamos un acto de humildad partiendo de los humildes, porque cuántas buenas gentes, en ambas orillas de los mares y océanos, sienten en sus almas ese aleteo ingrátido de la Hispanidad, y no olvidemos que, en definitivas cuentas, la mayoría absoluta de nuestro mundo está formada por esas buenas gentes, de seres sencillos que probablemente y sin darse cuenta de ello son portadores de la verdad limpia y pura. Para ellos es sencillo comprender la fenomenología del Descubrimiento aunque no sepan explicarlo en ese lenguaje que no sé por qué llamamos culto, pero lo entienden y, sobre todo, lo practican. En cambio, para los que estamos convencidos de nuestra erudición y nuestra posesión de la verdad, tanto el Descubrimiento como la conquista, la colonización, la cristianización, el criollismo, el mestizaje, el todo, en fin, como acertadamente expresa J. J. Armas Marcelo en un lúcido artículo publicado en el «ABC», de Madrid, constituye un a modo de zigzag histórico de difícil comprensión o interpretación lo mismo en su totalidad como en su filosofía. Pero esto, precisamente, debe de ser el desafío de suprimir los malentendidos del ayer y de los que todavía están en nosotros, envueltos o protegidos en un fanal de ese orgullo impropio, o de esa también impropia y excesiva humildad, elementos ambos, orgullo y humildad, componentes de nuestra idiosincrasia, como hemos dicho al principio. Mezclemos ambos ingredientes en la proporción adecuada para abrir o reabrir los caminos del futuro de ahora mismo que conducen a la concordia y a la objetividad, porque la Historia no se puede manipular y menos aún ignorar.

Es preciso, pues, revivir la Hispanidad, sacar a la luz de nuevo ese espíritu de entendimiento y cooperación mutua, lo cual no quiere decir que lo utilicemos como salvoconducto para todo tipo de relación entre los pueblos que llevan indeleble el sello ibérico, sino como lecho o cauce por el que transite la armonía y la comprensión, la buena voluntad, que es el motor de la amistad y de la unión. Tenemos para ello a nuestro favor al pueblo llano, que sí lo entiende y lo hace suyo. Con ello, creemos sinceramente que no será tarea

JOSÉ LUIS TATO

demasiado ardua el revivir el espíritu de la Hispanidad, el más sólido lazo, a pesar de ser espíritu, que une a tantos pueblos con España, respetuosamente denominada como Madre Patria allende los mares. Y ése será nuestro mejor «modus operandi», el de la madre que tiene a sus hijas emancipadas y fuera de casa, pero unidas por un espíritu y un amor mutuo imperdurable, por encima siempre del rugir de la Historia.